CHOQUE DE TITANES III
LA GRAN ALIANZA
BY VIRUZZ
mr

byViruZz

LA GRAN ALIANZA

mr̄

© byViruZz, 2018
Edición y fijación del texto: Sergio Parra
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © María Valentina Grases
Fotografía del autor: © Rubén Blanco Pesquero

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-270-4417-3
Depósito legal:
Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

PRIMERA PARTE: Una pequeña esperanza 11
1. El mito se hizo realidad 13
2. La comitiva 19
3. ¡Enanos! 27
4. Lander Nassir 41

SEGUNDA PARTE: El regreso del mago 53
5. Deteniendo el tiempo 55
6. El poder de la ciencia 65
7. Cargando el capacitador de Fusión 87
8. ¡Denigrantes! 105

TERCERA PARTE: Caos y destrucción 121
9. La Ladrona 123
10. Tromboskyskyskys 135
11. El Dimana Alegre 157
12. La batalla final 177

Capítulo 1
El mito se hizo realidad

Aún eran muchas las regiones del mundo a las que no había llegado la noticia del despertar de Gran Bestia. De hecho, no eran pocas las culturas que, incluso, consideraban que Gran Bestia solo era una leyenda sin fundamento, un cuento para asustar a los niños y obligarles a comerse la cena.

Lander Nassir era uno de esos niños que se había criado con aquellos cuentos sobre un ser terrorífico que algún día vendría a destruir el mundo. Ahora que era adolescente, Gran Bestia ya no le producía ningún miedo, porque sencillamente no creía en ella.

Por esa razón, se había rascado la cabeza extrañado, sin comprender nada, cuando el suelo tembló bajo sus pies y algunos parroquianos de la taberna corrieron despavoridos a sus casas.

Lander tenía preocupaciones más graves, más allá de un simple temblor de tierra. La naturaleza de la preocupación de aquel joven alto, delgado y un tanto desgarbado estaba relacionada con el tatuaje de su antebrazo. La clase de tatua-

jes que se asocian a las casas de adiestramiento para novatos matadragones. No es que Lander tuviera miedo de sus compañeros de clase, ni siquiera de su profesor, un tipo que solo sabía hablar a gritos. Tampoco le inquietaba especialmente militar en un ejército popular con menos esperanza de vida que una chispa en el yunque de la herrería. Lo que remordía su conciencia era que él podía transformarse en dragón. ¿Cómo iba a convertirse en matadragones si él mismo era un dragón?

El suelo tembló de nuevo.

—Bah, solo es un terremoto —murmuró con la cabeza un poco aturdida.

Al menos, había algunas personas en el Reino del Hierro que no veían a los dragones como simples monstruos sin alma. Como los miembros de la Alianza en Defensa de los Derechos del Dragón, un grupo de al menos diez o quince personas que consideraba inmoral matar o servirse de los dragones. «Los dragones son seres vivos dotados de conciencia y voluntad» era la primera y más importante de sus proclamas.

—Pero ¿dónde está la gente? —se preguntó Lander desorientado. Al salir de la taberna, todo el mundo parecía haberse esfumado.

—¡Es Gran Bestia! —gritaba un anciano a lo lejos, corriendo todo lo que le permitían sus piernas hacia el resguardo de su casa.

Lander negó con la cabeza.

—El mundo se ha vuelto loco —murmuró.

Y como necesitaba airear su mente y no había nadie alrededor, se concentró y dio un salto hacia las alturas. Cayó de bruces contra el suelo, llenándose de barro.

—Ouch —gruñó.

Estaba un poco achispado, así que sus capacidades estaban mermadas. Se incorporó. Cerró los ojos. Se concentró. Y pocos segundos después ya estaba surcando el cielo transformado en un enorme dragón. Desde aquella altura todo se le antojaba más fácil. Así que Lander se dedicó simplemente a planear, demorando la llegada a su destino.

Encontró una corriente de aire ascendente y subió con ella en espiral para ganar un poco más de altitud. Aunque volaba muy lento, triplicaba la velocidad de los caballos. Por esa razón, Lander no tardó en atisbar el punto final de su viaje, por mucho que tratara de retrasarlo. Su destino era Puerto Newt, un pueblucho que ni siquiera llegaba a la categoría de pueblucho. Más bien era un muelle de piedra legamosa. Pero también era su lugar de nacimiento. El mismo donde su padre había logrado levantar aquella herrería que un día fue pasto del fuego. Su fuego. Cuando aún no podía controlarlo.

Desde aquella altura, el campo le recordaba uno de esos cobertores para el invierno que las costureras componen con restos de diferentes telas. Como un mosaico de tierras de distinto color. Como un inmenso tablero de ajedrez en el que no hay escaques blancos y negros, sino una infinita gama de grises, verdes, marrones, azules.

Una remota cadena montañosa, empequeñecida por la distancia, ponía límite al horizonte. Desde aquella altura, los detalles perdían definición, todo parecía más homogéneo, hasta el monte más escarpado.

Lander había dejado atrás los lentos meandros del río que alimentaba un gigantesco lago por su costado meridional. Sobrevoló también la espectacular cascada de más de veinte brazas de longitud.

Y entonces algo llenó su mente. Parecía como si sus capacidades telepáticas se hubieran propagado por doquier. Lander se concentró en aquella señal tan poderosa. Era una mente antigua y compleja en la que solo prosperaba el mal. Era una mente que había permanecido durmiendo durante mucho tiempo y ahora regresaba para destruirlo todo. Aún estaba muy, muy lejos del Reino del Hierro, pero a aquel ritmo no tardaría mucho en llegar. Lo estaba arrasando todo a su paso, como una plaga de langostas que hubiera decidido comerse todo cuanto no tuviera aspecto de explanada de tierra baldía.

—Vaya —hipó Lander desde las alturas—, pues va a resultar que Gran Bestia sí que es real.

* * *

—Me alegro de que estés bien —le dijo Raligg Naggigg a su tía Rega.

Esta observó al muchacho después de abrazarle.

—Estás cambiado —le evaluó frunciendo el ceño—. Parece que haya pasado mucho tiempo desde que no nos vemos.

—Solo fueron unas jornadas —respondió Raligg encogiéndose de hombros.

—Lo sé, pero a veces las experiencias te hacen crecer más rápido que el tiempo. Por eso me fío tan poco de los calendarios. Porque solo te dan información del tiempo, pero no de las cosas que verdaderamente te hacen sentir que este ha pasado.

Raligg asintió apesadumbrado. Era evidente que todo lo vivido en su enfrentamiento contra la Bruja de los Mil Invier-

nos le había cambiado el carácter y también el rostro. Ahora era más adulto. Y también estaba más triste.

—Mayisius...

—Lo sé —le interrumpió su tía—, ya me lo han contado los sabios.

A Raligg se le atoraba la voz en la garganta cada vez que hablaba de Mayisius. Todavía no podía creerse que hubiera muerto. Y menos aún que su muerte hubiera sido en balde. A pesar de todos sus esfuerzos, Gran Bestia había despertado.

En el valle de Nigg, la tierra temblaba ligeramente cada cierto tiempo, haciendo que los sacos de trigo se derrumbaran sobre el suelo y las contraventanas de las casas se abrieran solas. El cielo también presentaba un color verdoso que anunciaba funestos acontecimientos.

Raligg podía afirmar que Gran Bestia era real. La había visto con sus propios ojos. Y precisamente por ello se sentía en la obligación de hacer algo. Mayisius no iba a morir en vano. Y tampoco estaba dispuesto a permitir que Gran Bestia acabara con el resto de lo que amaba. Su pueblo, su tía Rega, Dafne...

—Hay convocada una reunión de emergencia con el Consejo de Sabios —le informó Rega—. ¿Asistirás?

—Claro que lo haré.

—Se te ve agotado, deberías descansar.

—Es mi deber. Yo le he fallado al mundo.

Rega apretó los labios en una fina línea de preocupación. Supo que no podía hacer nada por retener a su pequeño Raligg. Porque ya no era pequeño. De hecho, siempre había sido grande, porque era un gigante, pero ahora también se había agrandado su carácter, su determinación y su valor. Era momento de que tomara sus propias decisiones.

Capítulo 2
La comitiva

Todos los asistentes al Consejo de Sabios tomaron asiento en un lugar de la plaza. Estaban algunos pescadores de las marismas y los cazadores y leñadores de las estribaciones del norte. También algunos granjeros, los pastores y los artesanos. Gran parte de los representantes del valle, sin embargo, habían preferido huir o esconderse en sus hogares.

—En realidad —carraspeó el miembro más anciano del Consejo— no sabemos cuál es la naturaleza de Gran Bestia.

—Ni siquiera cuál es su nombre —le secundó otro integrante del Consejo—: ¿Gran Bestia? ¿Gran Bestia Legendaria? ¿Acaso no tiene un nombre normal?

—Por no saber, ni siquiera sabemos si es real —interrumpió un tercero, y justo después de pronunciar esas palabras todo el terreno volvió a sacudirse ligeramente.

El que había hablado en primer lugar tomó la palabra nuevamente:

—Es cierto, ese temblor podría haber sido un simple terremoto. Algo completamente natural. Y...

Raligg se puso en pie. No estaba dispuesto a permitir que se dudara de la existencia de aquella amenaza.

—Yo lo he visto con mis propios ojos, y conmigo cientos de soldados.

Mantonegro y Dafne, que estaban junto a él, también se pusieron en pie, confirmando la versión de Raligg.

—Uhm —vaciló el anciano—, podemos concluir, entonces, que estamos razonablemente seguros de que Gran Bestia no es una leyenda.

—Aunque ello no es impedimento para que se llame Gran Bestia Legendaria —le interrumpió otro sabio.

Raligg gruñó. Estaba perdiendo la paciencia.

—De lo que podemos estar razonablemente seguros es de que estamos perdiendo un tiempo precioso. Mientras discutimos sobre la existencia o el nombre de Gran Bestia ella está propagando el horror por el mundo. No sé cuánto tardará en reducirlo todo a cenizas, pero lo hará en muy poco tiempo si no contraatacamos.

El sabio se removió inquieto en su asiento, ligeramente molesto por aquella réplica.

—Uhm —murmuró frotándose la barbilla y entrecerrando los ojos—, ¿y qué sugieres que hagamos? Somos pocos y llevamos mucho tiempo sin entrar en guerra.

—Propongo que huyamos a las montañas y nos escondamos en las cuevas —gritó una voz entre el público.

Raligg buscó el rostro de quien había hablado, pero fue incapaz de localizarlo, así que se dirigió a todo el auditorio en bloque:

—Sé que tenéis miedo y que la idea más prudente parece esconderse. Pero nadie logrará ocultarse de esa criatura. Creedme. Su poder será suficiente como para reducir a pol-

vo las montañas, las cuevas, los bosques. Salir corriendo solo servirá para retrasar lo inevitable.

Mantonegro habló a continuación:

—Lo que dice es verdad. Yo también he sido testigo de ello.

—Solo podemos luchar —añadió Dafne, aunque en su voz había un ligero temblor de miedo. Sabía tanto como Raligg que esconderse no era una opción, pero tampoco le apetecía ser quien se enfrentara a aquella amenaza apocalíptica.

Raligg avanzó con paso seguro hasta situarse junto al Consejo de Sabios y, con voz alta y clara, expuso su plan.

—Las leyendas cuentan que Gran Bestia ha destruido el mundo cada vez que ha despertado. En otras palabras, estamos condenados. Todos nosotros. La buena noticia es que, en tal caso, tampoco tenemos nada que perder. Podríamos escondernos, pero eso solo nos permitiría vivir unas jornadas más. Sin embargo, si decidimos luchar, puede que nuestra esperanza de vida vuelva a ser la misma que antes de que Gran Bestia despertara.

El auditorio asintió ante a aquellas cabales palabras. El razonamiento de Raligg no tenía ninguna fisura. Ahora todos le prestaban todavía más atención que antes, así que el gigante continuó:

—Pero si vamos a presentar batalla, tendremos más posibilidades de ganar si trazamos un plan estratégico.

—Uhm —dijo uno de los sabios—, sí, estratégico, me gusta esa palabra.

—Es una palabra que destila inteligencia —subrayó otro.

—Sí, estratégico —continuó Raligg—. Y para ello debemos crear una alianza, la mayor alianza que haya conocido la historia.